ENCICLICA "FULGENS CORONA"(*)

(8-IX-1953)

CON MOTIVO DEL PRIMER CENTENARIO DE LA DEFINICION DEL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

PIO PP. XII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

Introducción

1. La definición de hace cien años

45 La refulgente corona de gloria, con que 577 el Señor ciñó la frente purísima de la Virgen Madre de Dios, parécenos verla resplandecer con mayor brillo al recordar el día en que, hace cien años, Nuestro Predecesor, de feliz memoria, Pío IX, rodeado de imponente número de Cardenales y Obispos, con autoridad infalible declaró, proclamó y definió

solemnemente que ha sido revelada por Dios y por lo tanto debe ser creída con fe firme y constante por todos los fieles, la doctrina que sostiene que la Santísima Virgen María, desde el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios Todopoderoso, fue preservada inmune de cualquier mancha del pecado original, en vista de los méritos de Cristo Jesús. Salvador del género humano $^{(1)}$.

más, dejando a salvo la universalidad de la Redención, introdujo la distinción de una redención después de la caída y una redención previa a la calda para prevenir de ella la doctrina de la Inmaculada Concepcin de Maria Santisima comenzó a florecer y madurar rápidamente hasta llegar a la perfección de la dogmatización.

La Constitución Apostólica Sollicitudo omnium Ecclesiarum (8-XII-1661) de Alejandro VII (1655-1667), que se cita largamente en la Epistola Apos-tólica Ineffabilis Deus, del 8-XII-1854, de Pio IX y cuyo texto Integro intercalaremos en su debido lugar en la "Ineffabilis Deus" de esta nota, señalará algunas etapas importantes de este desarrollo o evolución histórica del dogma.

A continuación daremos el texto completo de "Ineffabilis Deus" de Pio IX, añadiendo como de costumbre los números y subtítulos.

En el subtítulo 9 daremos el texto integro de la "Sollicitudo omnium Ecclesiarum" de Alejandro VII, poniendo en letra currina la que no pertenece y dando en letra cursiva lo que pertenece a la cita que Pío IX hace de la Constitución Apostolica Sollicitudo de Alejandro VII.

He aqui el texto:

Epístola Apostólica

INEFFABILIS DEUS de PIO IX (8-XII-1854)

1. Introducción.

1. María en los planes de Dios. El inefable Dios, cuya conducta es misericordia y verdad, cuya voluntad es omnipotencia y cuya sabiduria alcanza de límite a límite con fortaleza y dispone suavemente todas las cosas, (Sal. 8, 1), habiendo

^(*) A. A. S. 45 (1953) 577-591; versión española de la Oficina de Prensa del Vaticano; la numeración es de la Enciclica en AAS. (P. H.).

⁽¹⁾ Pio IX, Bula Ineffabilis Deus, 8-XII-1854. El texto arriba citado está en el subtítulo 29 del texto integro que reproducimos más abajo. Nos permitimos anteponer a ese texto una breve introducción.

El 8 de diciembre de 1854, Pio IX, rodeado de 93 obispos, 42 arzobispos, el patriarca de Alejandría y 54 cardenales definió solemnemente ex cathedra (oficialmente) la Concepción Inmaculada de thedra (oficialmente) la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, y cuando este Papa quiso levantar un monumento, para memoria de la gloriosa definición, escogió para erigirlo la Plaza de España en Roma, "por haber sido España, como afirmó S. Santidad en la inauguración, la nación más devota de la Virgen y la que más fervoroso culto había tributado a la Inmaculada concepción". A quien llame la atención lo tardío de esa definición en la Historia de la Jalesia ha de esa definición en la Historia de la Iglesia ha de recordar que antes del siglo 19 no había causa ocasional de ello, pues desde Nestorio, cuyos ataques a la persona de Cristo dieron pie para de-finir solemnemente la maternidad divina de María, no había alaques doctrinales a fondo que "afectasen directamente a la Madre de Dios". El dogma católico, según comparación de los Padres, es una semilla que "necesita desarrollarse, florecer, madurar y llegar a su perfección", desenvolvimiento que en el caso del dogma de la In-maculada Concepción encontró no pocas dificul-tades en el dogma de la universalidad de la redención, cuya preeminencia indujo a los grandes teólogos Pedro Lombardo, Alejandro de Halés, San Buenaventura, San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino a no pronunciarse en favor del privilegio de María, mientras otros teólogos, menores si, sostuvieron el privilegio. Cuando Duns Escoto, contemporáneo más joven de Santo To-

La Iglesia católica entera recibió con alborozo la sentencia del Pontífice que desde hacía tiempo esperaba con ansia; y reavivada con esto, la devoción de los

previsto desde toda la eternidad la ruina lamentabilísima de todo el género humano, que había de provenir de la transgresión de Adán, y habiendo decretado, con plan misterioso oculto des-de la eternidad, llevar a cabo la primitiva obra de su misericordia, con plan todavía más secreto, por medio de la Encarnación del Verbo, para que no pereciese el hombre impulsado a la culpa por la astucia de la diabólica maldad y para que lo que iba a caer en el primer Adán fuese restaurado más felizmente en el segundo, eligió y señaló, desde el principio y antes de los tiempos, una Madre, a fin de que su unigenito Hijo, hecho carne de ella, naciese, en la dichosa plenitud de los tiempos, y en tanto grado la amó por encima de todas las criaturas, que en sola ella se com-plació con señaladísima benevolencia. Por lo tanto, tan maravillosamente la colmó de la abundancia de todos los celestiales carismas, sacada del tesoro de la Divinidad, muy por encima de todos los ángeles y santos, que Ella, absoluta-mente siempre libre de toda mancha de pecado y toda hermosa y perfecta, manifestase tal ple-nitud de inocencia y santidad, que no se concibe en modo alguno mayor después de Dios y nadie puede imaginar fuera de Dios.

2. Conveniencia de tal privilegio. Y, por cierto, era convenientísimo que brillase siempre adornada de los resplandores de la perfectísima santidad y que reportase un total triunfo sobre la antigua serpiente, enteramente inmune aún de la misma mancha de la culpa original, tan venerable Madre, a quien Dios Padre dispuso dar a su único Hijo, a quien ama como a sí mismo, engendrado como ha sido igual a sí de su corazón, de tal manera que naturalmente fuese uno y el mismo Ilijo común de Dios Padre y de la Virgen y a la que el mismo Ilijo en persona determinó hacer sustancialmente su Madre y de la que el Espíritu Santo quiso e hizo que fuese concebido y naciese Aquel de quien él mismo procede.

3. La inocencia y la santidad de Marla es constante doctrina de la Iglesia. Ahora bien, la Iglesia católica, que, de continuo enseñada por el Espíritu Santo, es columna y fundamento firme de la verdad, jamás desistió de explicar, poner de manifiesto y dar calor, de variadas e ininte-rrumpidas maneras y con hechos cada vez más espléndidos, a la original inocencia de la augusta Virgen, junto con su admirable santidad, y muy en consonancia con la altísima dignidad de Madre de Dios, por tenerla como doctrina recibida de lo alto y contenida en el depósito de la revelación. Pues, esta doctrina, en vigor desde las más antiguas cdades, íntimamente enraizada en los espíritus de los fieles, y maravillosamente propagada por el mundo católico por los cuidados afanosos de los sagrados prelados, espléndida-mente la puso de relieve la Iglesia misma cuando no titubeó en proponer al público culto y vene-ración de los fieles la Concepción de la misma Virgen. Ahora bien, con este glorioso hecho, por cierto presentó al culto de la Concepción de la misma Virgen como algo singular, maravilloso y muy distinto de los principios de los demás hombres y perfectamente santo, por no celebrar la Iglesia sino festividades de los santos. Y por eso acostumbró a emplear en los oficios eclesiásticos y en la sagrada Liturgia aun las mismisimas palabras que emplean las divinas Escrituras tratando de la Sabiduría increada y describiendo sus eternos origenes, y aplicarlas a los principios

fieles hacia la Santísima Virgen, que hace florecer en más alto grado las virtudes cristianas, adquirió nuevo vigor, y asimismo cobraron nuevo impul-

de la Virgen, los cuales habían sido predeterminados con un mismo decreto, juntamente con la Encarnación de la divina Sabiduría.

4. Continuos hechos manifiestan el sentir de la Iglesia acerca de la Inmaculada Concepción. Y aun cuando todas estas cosas, admitidas casi universalmente por los fieles, manifiestan con qué celo haya mantenido también la misma Romana Iglesia, madre y maestra de todas las iglesias, la doctrina de la Concepción Inmaculada de la Virgen, sin embargo de eso, los gloriosos hechos de esta Iglesia son muy dignos de ser uno a uno enumerados, siendo como es tan grande la dignidad y autoridad, cuanta absolutamente se debe a la que es centro de la verdad y unidad católica, en la cual sola ha sido custodiada inviolablemente la Religión y de la cual todas las demás iglesias han de recibir la tradición de la fe. Así que la misma Romana Iglesia no tuvo más en el corazón que profesar, propugnar, propagar y defender la Concepción Inmaculada de la Virgen, su culto y su doctrina, de las maneras más significativas.

5. Favor prestado por los Sumos Pontífices al culto de la Inmaculada. Muy clara y abiertamente por cierto testimonian y declaran esto tantos insignes hechos de los Romanos Pontifices, Nuestros Predecesores a quienes en la persona del Príncipe de los Apóstoles encomendo el mismo Cristo Señor Nuestro el supremo cuidado y potestad de apacentar los corderos y las ovejas de robustecer a los hermanos en la forte de ropusta de la forte de ropusta de ropusta la misersal Lulacia. la fe y de regir y gobernar la universal Iglesia. Ahora bien, Nuestros Predecesores se gloriaron sobremanera de establecer, con su apostólica Autoridad, en la Romana Iglesia la fiesta de la Concepción, y darle más auge y esplendor con propio Oficio y Misa propia, en los que clarísimamente se afirmaba la prerrogativa de la inmunidad de la mancha hereditaria, y de promover y ampliar con toda suerte de industrias el culto ya establecido, ora con la conce-sión de indulgencias, ora con el permiso otorgado a las ciudades, provincias y reinos de que to-masen por patrona a la Madre de Dios bajo el título de la Inmaculada Concepción, ora con la aprobación de sodalicios, congregaciones, institutos religiosos fundados en honra de la Inmaculada Concepción, ora alabando la piedad de los fundadores de monasterios, hospitales, altares y templos bajo el título de la Inmacuda Concepción, o de los que se obligaron con voto a defender valientemente la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios. Grandísima alegría sintieron, además, en decretar que la festividad de la Concepción debía considerarse por toda la Iglesia exactamente como la de la Natividad, y que debía celebrarse por la universal Iglesia con cetava y que debía ser quara grandica con cetava y que debía ser quara por la concepción debía ser quara en concepción debía concepción debía concepción debía concepción debía concepción debía concepción debía considerarse por toda la Iglesia exactamente como la delia concepción debía considerarse por toda la Iglesia exactamente como la delia concepción debía considerarse por toda la Iglesia exactamente como la delia concepción debía considerarse por toda la Iglesia exactamente como la delia concepción debía considerarse por toda la Iglesia exactamente como la delia concepción debía considerarse por toda la Iglesia exactamente como la delia concepción debía concepción debía considerarse por toda la Iglesia exactamente como la delia concepción debía c versal Iglesia con octava, y que debia ser guar-dada santamente por todos como de precepto, y que había de haber solemne servicio religioso papal en Nuestra patriarcal basílica Liberiana anualmente el día dedicado a la Concep-ción de la Virgen. Y deseando fomentar cada día más en las mentes de los fieles el conocimiento de la doctrina de la Concepción Inmaculada de María, Madre de Dios y estimularles el culto y veneración de la misma Virgen concebida sin mancha original, gozáronse en conceder, con la mayor satisfacción posible, permiso para que públicamente se proclame en las Letanias Lau-retanas, y en el mismo Prefacio de la Misa, la Inmaculada Concepción de la Virgen, y se estaso los estudios con los que la dignidad y santidad de la Madre de Dios brillaron con más grande esplendor.

2. Las apariciones de Lourdes como confirmación de la Virgen Santísima.

bleciese de esa manera con la ley misma de orar, la ley de creer. Nos, además, siguiendo fielmente las huellas de tan grandes Predecesores, no sólo tuvimos por buenas y aceptamos todas las cosas piadosísima y sapientísimamente por ellos establecidas, sino que también, recordando lo determinado por Sixto IV, dimos Nuestra autorización al Oficio propio de la Inmaculada Concepción, y de muy buen grado concedimos su uso a la universal Iglesia.

6. Los Papas determinaron exactamente el alcance del culto a la Inmaculada. Mas, como quiera que las cosas relacionadas con el culto están intimamente unidas con su objeto, y no pueden permanecer firmes en su buen estado si éste queda envuelto en la vaguedad y ambigüedad, por eso Nuestros Predecesores, los Romanos Pontífices, que se dedicaron con todo esmero al es-plendor del culto de la Inmaculada Concepción, pusieron también todo su empeño en esclarecer e inculcar su objeto y doctrina. Pues, con plena claridad enseñaron que se trataba de festejar la Concepción de la Virgen, y proscribieron, como falsa y muy ajena a la mente de la Iglesia, la opinión de los que opinaban y afirmaban que veneraba la Iglesia, no la concepción, sino la santificación. Ni creyeron que debian tratar con mayor suavidad a los que, con el fin de echar por tierra la doctrina de la Inmaculada Concep-ción de la Virgen, distinguiendo entre el primero y el segundo instante y momento de la concepción, afirmaban que ciertamente se celebraba la concepción, mas no en el primer instante y momento. Pues, Nuestros mismos Predecesores juz-garon que era su deber defender y promulgar con todo celo, como verdadero objeto del culto, la festividad de la Concepción de la santísima Virgen, y la concepción en el primer instante. De allí las primeras palabras verdaderamente deci-sivas con que Alejandro VII, Nuestro Predecesor, declaró la clara mente de la Iglesia, diciendo: "Antigua por cierto es la piedad de los fieles cristianos para con la Santisima Virgen Maria, que sienten en su alma que en el primer internte. que sienten en su alma, que en el primer instante de su creacin e infusión de su alma, fue preservada inmune de la mancha del pecado orginal, por singular gracia y privilegio de Dios, en alención a los méritos de su Hijo, Jesucristo, Redentor del género humano, y que, en este sentido, veneran genero namano, y que, en este sentino, beneran y celebran con solemne ceremonia la fiesta de su Concepción (Constit. Sollicitudo omnium Ecclesiarum 8-XII-1661, véase en el subtítulo de la Epístola presente: 9, b]).

7. Determinaron también exactamente la doctrina de la Inmaculada. Y, ante todas las cosas, fue costumbre también entre los mismos Predecesores Nuestros defender, con todo cuidado, celo y esfuerzo, y mantener incólume la doctrina de la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios. Pues, no solamente no toleraron en modo alguno que se atreviese alguien a mancillar y a censurar la doctrina misma, antes, pasando más adelante clarísima y repetidamente declararon que la doctrina con la que profesamos la Inmaculada Concepción de la Virgen era y con razón se tenía por muy en armonía con el culto eclesiástico y por antigua y casi universal, y que era tal que la Romana Iglesia se había encargado de su fomento y defensa y que era dignisima que se le diese

Y parece como si la Virgen Santísima hubiera querido confirmar de una manera prodigiosa el dictamen que el Vicario de su divino Hijo en la tierra, con el aplauso de toda la Iglesia, había pronunciado. Pues no habían pasado

cabida en la Sagrada Liturgia misma y en las oraciones públicas.

8. Prohibición de defender la opinión contraria. Y no contentos con esto, para que la doctrina misma de la Concepción Inmaculada de la Virgen permaneciese intacta, prohibieron muy severamente que se pudiera defender pública o privadamente la opinión contraria a esta doctrina, y quisieron acabar con aquélla a fuerza de múltiples golpes mortales. Esto, no obstante, y a pesar de repetidas y clarisimas declaraciones, pasaron a las sanciones, para que éstas no fueran vanas. Todas estas cosas comprendió el citado Predecesor Nuestro Alejandro VII con estas palabras: lla cita comienza bajo la letra ell.

sor Nuestro Alejandro VII con estas palabras: [la cita comienza bajo la letra e)]. [Intercalaremos aqui el texto integro de la Constitución Apostólica: Sollicitudo omnium Ecclesiarum: 8-XII-1661 de Alejandro VII. Lo que no se cita va entre paréntesis, la cila va en cur-

siva y sin paréntesis]:

Constitución Apostólica SOLLICITUDO OMNIUM ECCLESIARUM (8-XII-1661)

a) Solicitud del Papa Alejandro por la integridad de la doctrina católica. (Por cuanto Nos, por la voluntad y providencia de Dios óptimo máximo, llevamos aunque por los méritos y la labor indigno, la solicitud de todas las Iglesias, ésta nos mantiene ansiosamente atentos y vigilantes, a fin de que se eviten los escándalos que por la corrupción y fragilidad de la humana naturaleza necesariamente han de sobrevenir, que se origine el menor número posible de ellos y que los ya nacidos se remuevan cuanto antes y con la mayor diligencia, pues, los que los causan sufren el daño cierto del pecado, y los que los reciben están expuestos al real peligro de caer; por lo cual, movido por la responsabilidad de Nuestro oficio pastoral, Nos no sólo lamentamos sobremanera el daño sino que asiduamente damos Nuestras decisiones.

b) La doctrina sobre la Inmaculada Concepción por todos admitida. Antigua es la piedad de los fieles cristianos para con la Santisima Virgen María, que sienten en su alma, que en el primer instante de su creación e infusión en el cuerpo, fue preservada inmune de la mancha del pecado original, por singular gracia y privilegio de Dios, en atención a los méritos de su Hijo Jesucristo, Redentor del género humano, y que, en este sentido, veneran y celebran con solemne ceremonia la fiesta de su concepción; y ya crecido su número, y después que Sixto IV, de feliz recordación, publicara sus Constituciones Apostólicas, renovadas y mandadas observar por el Concilio de Trento, en que recomienda este culto, éste aumentó. Nuevamente fue incrementada y propagada esta devoción y culto a la Madre de Dios después de erigirse, con la aprobación de los Romanos Pontífices, monasterios de órdenes religiosas y confraternidades en honor de ese nombre y después de concederse indulgencias en el mismo sentido, de tal suerte que, cuando la mayoría de las Universidades y las más célebres de entre ellas se plegaron a esa doctrina, casi todos los católicos la admitían.

c) Prohibición de enseñar la doctrina contraria. Y porque con ocasión de la afirmación contraria aún cuatro años cuando, cerca de un pueblo de Francia, en las estribaciones de los Pirineos, la Santísima Virgen, vestida de blanco, cubierta con cándido manto y ceñida su cintura de

en los sermones, lecciones, conclusiones y actos públicos en el sentido de que la misma beatísima Virgen María, fue concebida con el pecado original, con gran ofensa de Dios se originaron escándalos para el pueblo cristiano, altercados y disensiones, prohibió el Papa Pablo V, también Predecesor Nuestro, enseñar y predicar la opinión contraria a dicha sentencia; esta prohibición fue extendida por el Papa Gregorio XV, de piadosa memoria, igualmente Predecesor Nuestro, a las conversaciones privadas, mandando, además, en favor de esta sentencia que en la celebración tanto pública como privada del santo sacrificio de la Misa se empleara sólo el nombre de la Concepción.

d) Continuaron los ataques a la doctrina de la Inmaculada. Por cuanto casi todos los venerables hermanos Obispos con sus capítulos eclesiásticos, en cartas dirigidas a Nos, añadiéndose a ellas también la insinuación de Nuestro amadisimo bijo en Cristo Felipe, rey católico de las Españas quien envió acerca de esto como representante especial al venerable hermano Luis, Obispo de Piacenza, el que nos transmitió las súplicas de los mismos reinos españoles, en el sentido de que algunas personas que, contraviniendo di-chas prohibiciones, afirman tal opinión contraria, continúan impugnando la opinión mencionada o haciendo ludibrio de ella tanto pública como privadamente, o interpretan el favorecimiento que prestaron los Romanos Pontífices al culto y a la fiesta, de tal modo que quede frustrado; y aún niegan que la Romana Iglesia esté en favor de esta sentencia y del culto que, a base de ella, se rinde a la Santisima Virgen, osando perturbar a los fieles cristianos en su casi pacífica posesión de donde nacen y perduran las ofensas, los escándalos, y altercados que Pablo V y Gregorio XV, Nuestros Predecesores querían ver evitados, y se tenien, ocasionalmente todavia, en el porvenir con razon y prudencia mayores males que éstos para los adversarios de esta sentencia; por lo cual tanto dichos Obispos con sus capítulos eclesiásticos como el citado rey Felipe nos hicieron solicitar con instancia oportuno remedio).

[Aquí comienza la cita:]

e) Para refirmar el culto se renuevan las constituciones y declaraciones de los Predecesores.

Nos, considerando que la Santa Romana Iglesia celebra solamente la festividad de la Concepción de la inmaculada siempre Virgen María, y que dispuso en otro tiempo un Oficio especial y propio acerca de esto, conforme a la piadosa, devota y laudable práctica que entonces emanó de Sixto IV, Nuestro Predecesor; y queriendo, a ejemplo de los Romanos Pontífices, Nuestros Predecesores, favorecer a esta laudable piedad y devoción y fiesta, y al culto en consonancia con ella, y jamás cambiado en la Iglesia Romana después de la institución del mismo, y (queriendo), además, salvaguardar esta piedad y devoción de venerar y celebrar la Santísima Virgen preservada del pecado original, claro está, por la gracia proveniente del Espíritu Santo; y deseando conservar en la grey de Cristo la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efes. 4, 3), apaciguados los choques y contiendas y, removidos los escándalos: en atención a la instancia a Nos presentada y a las preces de los mencionados Obispos con los cabildos de sus iglesias y del rey Felipe y de sus reinos; renovamos las Constituciones y

faja azul, se apareció con aspecto juvenil y afable en la cueva de Massabielle a una niña inocente y sencilla, a la que como insistiera en saber el nombre de quien se le había dignado aparecer,

decretos promulgados por los Romanos Pontífices, Nuestros Predecesores, y principalmente por Sixto IV, Pablo V y Gregorio XV en favor de la sentencia que afirma que el alma de Santa Maria Virgen en su creación, en la infusión del cuerpo fue obsequiada con la gracia del Espíritu Santo y preservada del pecado original, y en favor también de la fiesta y culto de la Concepción de la misma Virgen Madre de Dios, prestado, según se dice, conforme a esa piadosa sentencia, y mandamos que se observe bajo las censuras y penas contenidas en las mismas Constituciones.

f) Las penas a que se exponen los que contra-vienen esta Constitución. Y además, a todos y cada uno de los que continuaren interpretando las mencionadas Constituciones o decretos, de suerte que anulen el favor dado por éstas a dicha sentencia y fiesta o culto tributado conforme a ella, u osaren promover una disputa sobre esta misma sentencia, fiesta o culto, o hablar, pre-dicar, tratar, disputar contra estas cosas de cualquier manera, directa o indirectamente o con cualquier pretexto, aun examinar su definibilidad, o de glosar o interpretar la Sagrada Escritura, o los Santos Padres o Doctores, finalmente con cualquier pretexto u ocasión por escrito o de palabra, determinando y afirmando cosa alguna contra ellas, ora aduciendo argumentos contra ellas y dejándolos sin solución, ora discutiendo de cualquier otra manera inimaginable; fuera de las penas y censuras contenidas en las Constituciones de Sixto IV, a las cuales queremos someterles, y por las presentes les sometemos, queremos también privarlos del permiso de predicar, dar lecciones públicas, o de enseñar, y de interpretar, y de voz activa y pasiva en cualesquiera elecciones, por el mero hecho de comportarse de ese modo y sin otra declaración alguna; y que incurran, además, ipso facto, sin otra declaración alguna en las penas de inhabilidad perpetua para predicar y dar lecciones públicas, enseñar e interpretar; y que no pueden ser absueltos o dispensados de estas cosas sino por Nos mismo o por Nuestros Sucesores los Romanos Pontifices; y queremos asimismo que sean sometidos, y por las presentes sometemos a los mismos a otras penas infligibles, renovando las Constitu-ciones o decretos de Paulo V y de Gregorio XV, arriba mencionados.

g) Prohibición de publicar libros o escritos contrarios a esta sentencia. Prohibimos, bajo las penas y censuras contenidas en el Indice de los libros prohibidos, los libros en los cuales se pone en duda la mencionada sentencia, fiesta o culto conforme a ella, o se escribe o lee algo contra esas cosas de la manera que sea, como arriba queda dicho, o se contienen frases, sermones, tratados y disputas contra las mismas, editados después del decreto de Paulo V arriba citado, o que se editaren de la manera que sea en lo porvenir por expresamente prohibidos, ipso facto y sin más declaración.

[Hasta aquí va la cita de Pío IX].

(Nos prohibimos a todos, adhiriéndonos a las Constituciones de Sixto IV, afirmar que los que sostienen la opinión contraria, conviene a saber, que la gloriosa Virgen Marta fue concebida con el pecado original, incurren en el crimen de herejía o cometen un pecado grave mortal ya que la Iglesia Romana y la Sede Apostólica aun no lo han decidido, como que tampoco Nos de ningún modo

Ella, con una suave sonrisa y alzando los ojos al cielo, respondió: Yo soy la Inmaculada Concepción.

Bien entendieron esto, como era natural, los fieles que en muchedumbres

lo queremos o intentamos decidir por ahora; los que no obstante osaren condenar la opinión contraria por incursa en herejía, pecado mortal o impiedad, los sancionamos, además de las penas a las que los condenan el Papa Sixto IV y los otros Romanos Pontífices, Nuestros Predecesores, con otras más graves penas que infligimos más arriba a los que contravienen esta Nuestra Constitución.

h) Orden de proceder contra los infractores.

Queremos que tanto los Obispos y prelados superiores y los otros ordinarios de lugar establecidos contra la perversidad herética como los inquisitores nombrados en cualquier parte del mundo, procedan contra los que quebrantan esta Nuestra Constitución pertenezcan aun a los regulares de cualquier orden o instituto, también de la Compañía de Jesús y a los exentos de cualquier manera y a todas las otras personas eclesiásticas y seculares de cualquier estado, grado, condición o dignidad tanto eclesiástica como secular que se pretenda, los inquieran y los sancionen estrictamente. Nos concedemos e impartimos con la autoridad e intención a todos y a cada uno de ellos la libre facultad y autoridad de proceder contra los transgresores, de inquirir e imponer penas y castigarlos; y si se prefiere, les imponemos y mandamos estrictamente que procedan, investiguen y castiguen.

i) No valdrá ningún privilegio para exceptuarse.

No obstarán las Constituciones o cualesquiera indultos ni las cartas apostólicas de cualquier modo concedidas a cualesquiera personas por más calificadas que sean y constituidas en cualquier dignidad y honor, aunque sea el del cardenalato, patriarcado, arzobispado, episcopado o cualquier otro aun cuando contra ellos no pueda procederse, ni ponerles en entredicho, ni suspenderlos ni excomunicarlos. Para la debida o suficiente derogación de ellas y de todas debe hacerse de todos ellos y de cada uno en particular mención especial, específica, individual y expresa, palabra por palabra, pero no por cláusulas generales aunque importantes, o ha de observarse otra delicada forma, tal vez las palabras mismas como si al pie de la letra fuesen insertadas, teniendo las presentes por suficientemente expresadas e insertas, en este orden expresa y especialmente derogamos por más que se opongan otras cosas cualesquiera.

j) Orden estricta de publicación universal de estas disposiciones.

Pero para que esta Constitución y todo lo anterior llegue del modo más conveniente al conocimiento de todos los interesados, obligamos y mandamos, en virtud de la santa obediencia y bajo pena de la privación de la entrada en la iglesia en que incurrirán, que todos y cada uno de los Ordinarios de lugar y sus Vicarios, sufragáneos y cualesquiera oficiales y a todos los demás a quienes de algún modo incumbe y corresponde, en cuanto juzguen convenir esta Nuestra Constitución a todos los predicadores y otros de su diócesis o distrito, comuniquen oportunamente y publiquen, y hagan comunicar y publicar para que en adelante nadie pueda de ningún modo pretender ignorancia de lo anterior o pueda excusarse en contra de lo anterior.

casi innumerables, acudiendo de todas las partes en piadosas peregrinaciones a la gruta de Lourdes, reavivaron su fe, estimularon su piedad y se esforzaron por ajustar su vida a los preceptos

k) Disposición papal de publicación y vigencia de la Constitución y las copias.

Nos queremos e igualmente con la misma autoridad decretamos y mandamos que las presentes cartas como de costumbre se publiquen y se coloquen, por algunos de Nuestros empleados judiciales en las puertas de las Basílicas de San Juan de Letrán y del Príncipe de los Apóstoles y de la Cancillería Apostólica y a la vista del Campo de Flora en la Ciudad Eterna; esa colocación y publicación afecta y constriñe a todos y cada uno de los que incumbe observarla como si se les hubiera intimado personalmente; y cuanto a las copias de ella, también las impresas, firmadas personalmente por un notario y munidas del sello de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica ha de dárselas, además, que debe darse a las presentes Letras cuando acaso Dado en Roma, bajo el anillo del Pescador, el 8 de Diciembre de 1661.

Alejandro Papa VII).

[Continuará ahora la Epístola Apostólica IN-EFFABILIS DEUS de Pio IX].

- 10. Sentir unánime de los Obispos y religiosos. Mas todos saben con qué celo tan grande fue expuesta, afirmada y definida esta doctrina de la Inmaculada Concepción de la Virgen Madre de Dios por las esclarecidisimas familias religiosas y por las más concurridas Academias teológicas y por las más concurridas Academias teológicas y por los aventajadísimos doctores en las ciencias de las cosas divinas. Todos, asimismo, saben con qué solicitud tan grande hayan abierto y públicamente profesado los Obispos, aun en las mismas Asambleas eclesiásticas, que la santísima Madre de Dios, la Virgen María, en previsión de los merecimientos de Cristo Señor y Redentor los merecimientos de Cristo Señor y Redentor, nunca estuvo sometida al pecado, sino que fue totalmente preservada de la mancha original, y de consiguiente, redimida de más sublime manera.
- 11. La prudente formulación del dogma del pecado original, que hizo el Concilio tridentino, confirma la doctrina. Ahora bien, a estas se añade un hecho verdaderamente de peso y sumamente extraordinario, conviene a saber: que también el Concilio de Trento mismo, al promulgar el decreto dogmático del pecado original, por el cual estableció y definió, conforme a los testi-monios de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres y de los recomendabilisimos Concilios, que los hombres nacen manchados por la culpa original, sin embargo, solamente declaró que no era su intención incluir a la santa e Inmaculada Virgen Madre de Dios en el decreto mismo y en una definición tan amplia. Pues, con esta declaración suficientemente insinuaron los Padres tridentinos, dadas las circunstancias de las cosas y de los tiempos, que la misma santísima Virgen había sido librada de la mancha original, y hasta clarísimamente dieron a entender que no podía aducirse fundadamente argumento alguno de las divinas Letras, de la tradición, de la autoridad de los Padres que se opusiera en manera alguna a tan grande prerrogativa de la Virgen.
- 12. Monumentos antiguos y el estudio confirman la existencia de la doctrina. Y, en realidad de verdad, ilustres monunentos de la venerada antigüedad de la Iglesia oriental y occidental vigorosisimamente testifican que esta doctrina de la

de Cristo; y allí también no raras veces obtuvieron milagros que suscitaron la admiración de todos y confirmaron la Religión católica como la única verdadera dada por Dios.

Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, tan espléndidamente explicada, declarada, confirmada cada vez más por el gravísimo sentir, magisterio, estudio, ciencia y sabiduría de la Iglesia, y tan maravillosamente propagada entre todos los pueblos y naciones del orbe católico, existió siempre en la misma Iglesia como recibida de los antepasados y distinguida con el sello de la doctrina revelada.

13. La evolución del dogma en la Iglesia. Pues, la Iglesia de Cristo, diligente custodia y defensora de los dogmas a ella confiados jamás cambia en ellos nada, ni disminuye, ni añade, antes bien, tratando fiel y sabiamente con todos sus recursos las verdades que la antigüedad ha esbozado y la fe de los Padres ha sembrado, de tal manera trabaja por limarlas y pulirlas, que los antiguos dogmas de la celestial doctrina, reciban claridad, luz, y precisión sin que pierdan, sin embargo, su plenitud, su integridad y su índole propia, y se desarrollen tan sólo según su naturaleza, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido y parecer.

14. El sentir de los Santos Padres y de los escritores eclesiásticos. Y, por cierto, los Padres y escritores de la Iglesia, adoctrinados por las divinas enseñanzas, no tuvieron tanto en el corazón, en los libros compuestos para explicar las Escrituras, defender los dogmas, y enseñar a los fieles, como el predicar y ensalzar de muchas y maravillosas maneras, y a porfía, la altísima santidad de la Virgen, su dignidad, y su inmunidad de toda mancha de pecado, y su gloriosa victoria sobre el terrible enemigo del humano linaje.

15. La doctrina del Protoevangelio según los santos Padres. Por lo cual, al glosar las palabras con las que Dios, vaticinando en los principios del mundo los remedios de su piedad dispuestos para la reparación de los mortales, aplastó la osadía de la engañosa serpiente y levantó maravillosamente la esperanza de nuestro linaje, diciendo: "Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya" (Gen. 3, 15); enseñaron que, con este divino oráculo, fue de antemano designado clara y patentemente el misericordioso Redentor del humano linaje, es decir, el unigénito Hijo de Dios, Cristo Jesús, y designada su santísima Madre, la Virgen María, y al mismo tiempo brillantemente puestas de relieve las mismísimas enemistades de entre ambos contra el diablo. Por lo cual, así como Cristo, mediador de Dios y de los hombres, asumida la naturaleza humana, borrando la escritura del decreto que nos era contrario, lo clavó triunfantemente en la cruz, asi la santísima Virgen, unida a El con apretadísimo e indisoluble vínculo, hostigando con El y por El eternamente a la venenosa serpiente, y de la misma triunfando en toda la linea, trituró su cabeza con el pie inmaculado.

16. Las figuras bíblicas en que los Santos Padres columbran a María. Este eximio y sin par triunfo de la Virgen, y excelentisima inocencia, pureza, santidad y su integridad de toda mancha de pecado e inefable abundancia y grandeza de todas las gracias, virtudes y privilegios, viéronla los mismos Padres ya en el arca de Noé, que, providencialmente construida, salió totalmente salva e incólume del común naufragio de todo el mundo; ya en aquella escala que vio

Y de un modo particular lo comprendieron así también los Romanos Pontífices que enriquecieron con gracias espirituales y favorecieron con su benevolencia aquel templo admirable que en

Jacob que llegaba de la tierra al cielo y por cuyas gradas subían y bajaban los ángeles de Dios y en cuya cima se apoyaba el mismo Señor; ya en la zarza aquella que contempló Moisés arder de todas partes y entre el chisporroteo de las llamas no se consumía ni se gastaba lo más mínimo, sino que hermosamente reverdecía y florecía; ora en aquella torre inexpugnable al enemigo, de la cual penden mil escudos y toda suerte de armas de los fuertes; ora en aquel huerto cerrado que no logran violar ni corromperse por las fraudes de las insidias; ora en aquel a resplandeciente ciudad de Dios cuyos fundamentos se asientan en los montes santos; a veces en aquel augustísimo templo de Dios que, aureolado de resplandores divinos, está lleno de la gloria de Dios; a veces en otras verdaderamente innumerables figuras de la misma clase, con las que los Padres enseñaron que había sido vaticinada claramente la excelsa dignidad de la Madre de Dios y su incontaminada inocencia, y su santidad, jamás sujeta a mancha alguna.

17. Los profetas en las enseñanzas marianas de los santos Padres. Para describir este mismo como compendio de divinos dones y la integridad original de la Virgen de la que nació Jesús, los (Padres) sirviéndose de las palabras de los Profetas, no festejaron a la misma augusta Virgen de otra manera que como a paloma pura, y a Jerusalén santa, y a trono excelso de Dios, y a arca de santificación, y a casa que se construyó la eterna Sabiduría, y a la Reina aquella que, rebosando felicidad y apoyada en su Amado, salió de la boca del Altísimo absolutamente perfecta, hermosa y queridisima alma de Dios y siempre libre de toda mancha.

18. El "Ave María" en la doctrina de los santos Padres. Mas atentamente considerando los mismos Padres y escritores de la Iglesia que la santísima Virgen había sido llamada llena de gracia, por mandato y en nombre del mismo Dios, por el Arcángel Gabriel cuando éste le anunció la altísima dignidad de Madre de Dios, enseñaron que, con este singular y solemne saludo, jamás oido se manifestaba que la Madre de Dios era sede de todas las gracias divinas y que estaba adornada de todos los carismas del divino Espíritu; más aún, que era como tesoro casi infinito de los mismos, y abismo inagotable, de suerte que, jamás sujeta a la maldición y participe, juntamente con su Hijo, de la perpetua bendición, mereció oir de Isabel, inspirada por el divino Espíritu: "Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre" (Lc. 1, 42).

19. El "Magnificat" en las enseñanzas de los santos Padres. De allí se deriva su sentir no menos claro que unánime, según el cual la gloriosísima Virgen, en quien hizo cosas grandes el Poderoso (Lc. 1, 49), brilló con tal abundancia de todos los dones celestiales, con tal plenitud de gracia y con tal inocencia, que resultó como un inesable milagro de Dios, más aún, como el milagro cumbre de todos los milagros y digna Madre de Dios, y allegándose a Dios mismo, según se lo permitía la condición de criatura, lo más cerca posible, sue superior a toda alabanza humana y angélica.

20. Paralelo entre Maria y Eva antes de la caida. Y, de consiguiente, para defender la original inocencia y santidad de la Madre de Dios, no sólo la compararon muy frecuentemente con

pocos años había levantado la piedad del clero y de los fieles.

3. La Carta Apostólica recoge y sanciona la voz de los Santos Padres y de toda la Iglesia. En la citada Carta

Eva todavía virgen, todavía incornete, todavía incorneta y todavía no engañada por las mortiferas asechanzas de la insidiosísima serpiente, sino que también la antepusieron a ella con maravillosa variedad de palabras y pensamientos. Pues, Eva, miserablemente complaciente con la serpiente, cayó de la original inocencia y se convirtió en su esclava; mas la santísima Virgen, aumentando de continuo el don original, sin prestar jamás atención a la serpiente, arruinó hasta los cimientos su poderosa fuerza con la virtud recibida de lo alto.

21. Expresiones de alabanza empleadas por los santos Padres y escritores. Por lo cual jamás dejaron de llamar a la Madre de Dios, o lirio entre espinas, o tierra absolutamente intacta, virginal, sin mancha, inmaculada, siempre bendita, libre de toda mancha de pecado, de la cual se formó el nuevo Adán; o paraiso intachable, vistosisimo, amenisimo de inocencia, de inmortalidad y de delicias, por Dios mismo plantado y defendido de toda intriga de la venenosa serpiente; o árbol inmarchitable, que jamás carcomió el gusano del pecado; o fuente siempre limpia y sellada por la virtud del Espíritu Santo; o divinisimo templo o tesoro de inmortalidad, o la única y sola hija no de la muerte, sino de la vida, germen no de la ira, sino de la gracia, que, por singular providencia de Dios, floreció siempre vigorosa de una raíz corrompida y dañada, fuera de las leyes comúnmente establecidas. Mas, como si estas cosas, aunque muy gloriosas no fueron suficientes, declararon con propias y precisas palabras, que, al tratar de pecados, no se había de hacer la más mínima mención de la santa Virgen Marla, a la cual se concedió más gracia para triunfar totalmente del pecado; profesaron, además, que la gloriosísima Virgen fue reparadora de los padres, vivificadora de los des-cendientes, elegida desde la eternidad, preparada para si por el Altísino, vaticinada por Dios cuando dijo a la serpiente: "Pondré enemistades entre ti y la mujer" (Gen. 3, 15), que ciertamente trituró la venenosa cabeza de la misma serpiente, por eso, afirmaron que la misma santísima Virgen fue, por gracia, limpia de toda mancha de pecado y libre de toda mácula de cuerpo, alma y entendimiento, y que siempre estuvo con Dios, y unida con El en eterna alianza, y que nunca estuvo en las tinieblas, sino en la luz, y, de consiguiente, que fue aptísima morada para Cristo, no por disposición corporal, sino por la gracia original.

A éstes hay que añadir los gloriosísimos dichos con los que, hablando de la concepción de la Virgen, atestiguaron que la naturaleza cedió su puesto a la gracia, paróse trémula y no osó avanzar; pues, la Virgen Madre de Dios no había de ser concebida de Ana antes que la gracia diese su fruto; porque convenía, a la verdad, que fue-se concebida la primogénita de la que había de ser concebida el primogénito de toda criatura (Gal. 1, 15).

22. Sus palabras señalan la Inmaculada Concepción. Atestiguaron que la carne de la Virgen tomada de Adán no recibió las manchas de Adán, y, de consiguiente, que la Virgen santísima es el tabernáculo creado por el mismo Dios, formado por el Espíritu Santo, y que es verdaderamente de púrpura (Cant. 7, 5), que el nuevo Beseleel Apostólica, pues, en la que el mismo Predecesor Nuestro estableció que este artículo de la doctrina cristiana debe ser mantenido firme y fielmente por todos los creyentes, no hizo sino reco- 579 ger con diligencia y sancionar con su

(Ex. 31, 2) elaboró con variadas labores de oro, y que ella es, y con razón se la celebra, como la primera y exclusiva obra de Dios, y como la que salió ilesa de los igníferos dardos del maligno, y la que hermosa por naturaleza y total-mente inocente, apareció al mundo como aurora brillantísima en su Concepción Inmaculada. Pues, no caía bien que aquel objeto de su elección fuese atacado de la universal miseria, porque, diferenciándose inmensamente de los demás, participó de la naturaleza, no de la culpa, más aún,

muchísimo convenia que, como el Unigenito tuvo Padre en el cielo, a quien los Serafines ensalzan por Santisimo, tuviese también en la tierra Madre que no hubiera jamás sufrido mengua en el brillo de su santidad.

23. Emplean la misma palabra "inmaculada" o términos parecidos. Y, por cierto, esta doctrina había penetrado en las mentes y corazones de los antepasados de tal manera, que prevaleció entre ellos la singular y maravillosísima manera de hablar con la que frecuentisimamente se dirigieron a la Madre de Dios, llamándola inmaculada, y bajo todos los conceptos inmaculada, inocente e inocentisima, sin mancha y bajo todos los aspectos inmaculada, santa y muy ajena a toda mancha, toda pura, toda sin mancha y como el ideal de pureza e inocencia, más hermosa que la hermosura, más ataviada que el mismo ornato, más santa que la santidad, y sola santa, y purísima en el alma y en el cuerpo, que supe-ró toda integridad del Espíritu Santo, y que, a excepción de sólo Dios, resultó superior a todos, y por naturaleza más hermosa y vistosa y santa que los mismos Querubines y Serafines y que toda la muchedumbre de los ángeles, y cuya perfec-ción no pueden, en modo alguno, glorificar dig-namente ni las lenguas de todos los ángeles ni las de los hombres. Y nadie desconoce que este modo de hablar fue trasplantado como espon-táneamente a la santísima Liturgia y a los Oficios eclesiásticos, y que nos encontramos a cada paso con él y que lo llena todo, pues, en ellos se invoca y proclama a la Madre de Dios como única paloma de intachable hermosura, como rosa siempre fresca, y en todos los aspectos purísima, y siempre inmaculada y siempre santa, y es celebrada como la inocencia que nunca sufrió menoscabo, y como segunda Eva, que dio a luz al Emmanuel:

24. Universal consenso y peticiones de la definición dogmática. No es, pues, de maravillar que los pastores de la misma Iglesia y los pueblos ficles se hayan gloriado de profesar con tanta piedad, religión y amor la doctrina de la Concepción Inmaculada de la Virgen Madre de Dios, según, el juicio de los Padres, contenida en las divinas Escrituras, confiada a la posteridad con testimonios gravísimos de los mismos, puesta de relieve y cantada por tan gloriosos monumentos de la venerable antigüedad, y expuesta y defendida por el sentir soberano y la respetabi-lísima autoridad de la Iglesia, de tal modo que a los mismos no les era cosa más dulce, nada más querido, que agasajar, venerar, invocar y hablar en todas partes con encendidísimo afecto de la Virgen Madre de Dios, concebida sin mancha original. Por lo cual, ya desde los remotos tiempos, los prelados, los eclesiásticos, las Ordenes religiosas, y aun los mismos emperadores y re-

autoridad la voz de los Santos Padres y de toda la Iglesia, que siempre se había dejado oír desde los tiempos antiguos hasta nuestros días.

4. Fundamento de la doctrina en las Sagradas Escrituras. Y en primer lu-

yes, suplicaron ahincadamente a esta Sede Apostólica que fuese definida como dogma de fe católica la Inmaculada Concepción de la santisima Madre de Dios. Y estas peticiones se repitieron también en nuestros tiempos y fueron muy principalmente presentadas a Gregorio XVI, Nuestro Predecesor, de grato recuerdo, y a Nos mismo, ya por los Obispos, ya por el clero secular, ya por las familias religiosas, y por los príncipes soberanos y por los fieles pueblos. Nos, pues, teniendo perfecto conocimiento de todas estas cosas, con singular gozo de Nuestra alma y pesándolas seriamente, tan pronto, como por un misterioso plan de la divina Providencia, fuimos elevados, aunque sin merecerlo, a esta sublime Cátedra de Pedro para hacernos cargo del gobierno de la universal Iglesia, no tuvimos, ciertamente, tanto en el corazón, conforme a Nuestra grandisima veneración, piedad y amor para con la santisima Madre de Dios, la Virgen María, ya desde la tierna infancia sentidos, como llevar a cabo todas aquellas cosas que todavía deseaba la Iglesia, conviene a saber; dar mayor incremento al honor de la santísima Virgen y poner en mejor luz sus prerrogativas.

25. Comisión especial y labor preparatoria. Mas gueriendo extremar la prudencia, formamos una Congregación de Nuestros Venerables Hermanos, los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, distinguidos por su piedad, don de consejo y cien-cia de las cosas divinas, y escogimos a teólogos eximios, tanto del clero secular como regular, para que considerasen escrupulosamente todo lo referente a la Inmaculada Concepción de la Virgen y nos expusiesen su propio parecer. Mas aunque, a juzgar por las peticiones recibidas, Nos era plenamente conocido el sentir decisivo de muchisimos prelados acerca de la definición de la Concepción Inmaculada de la Virgen, sin embargo, escribimos el 2 de febrero de 1849 en Caveta una carta Enciclica Ubi Primum; (en esta Colección Encíclica 13, pág. 100-102) dirigida a todos los venerables hermanos del orbe católico, los Obispos, con el fin de que. después de orar a Dios, Nos manifestasen también a Nos por escrito cuál era la piedad y devoción de sus fieles para con la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, y qué sentían mayormente los Obispos mismos acerca de la definición o que deseaban para poder dar Nuestro soberano fallo de la manera más solemne posible.

26. Consentimiento unánime y alegría de las respuestas a la encuesta. No fue para Nos consuclo exiguo la llegada de las respuestas de los venerables hermanos, pues, los mismos, respondiéndonos con una increíble complacencia, alegría y fervor, no sólo reafirmaron la piedad y sentir propio y de su clero y pueblo respecto de la Inmaculada Concepción de la santisima Virgen, sino también todos a una ardientemente Nos pidieron que definiésemos la Inmaculada Concepción de la Virgen con Nuestro supremo y autoritativo fallo. Y, entre tanto, no nos sentimos inundados de menor gozo cuando Nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, que formaban la mencionada Congregación especial, y los teólogos dichos elegidos por Nos, después de un diligente examen de la

gar, ya en las Sagradas Escrituras aparece el fundamento de esta doctrina, cuando Dios, Creador de todas las cosas, después de la lamentable caída de ADÁN, habla a la tentadora y seductora serpiente con estas palabras, que no pocos Santos Padres y Doctores, lo

cuestión, Nos pidieron con igual entusiasta fervor la definición de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios.

27. El Consistorio y la petición de los Cardenales. Después de estas cosas, siguiendo las gloriosas huellas de Nuestros Predecesores, y deseando proceder con omnímoda rectitud, convocamos y celebramos Consistorio, en el cual dirigimos la palabra a Nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, y con sumo consuelo de Nuestra alma les oímos pedirnos que tuviésemos a bien definir el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen Madre de Dios.

28. Había llegado el tiempo ansiado. Así, pues, extraordinariamente confiados en el Señor de que ha llegado el tiempo oportuno de definir la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, la Virgen María, que maravillosamente esclarecen y declaran las divinas Escrituras, la venerable tradición, el perpetuo sentir de la Iglesia, el ansia unánime y singular de los católicos, prelados y fieles, los famosos hechos y constituciones de Nuestros Predecesores; consideradas todas las cosas con suma diligencia, y dirigidas a Dios constantes y fervorosas oraciones, hemos juzgado que Nos no debiamos ya titubear en sancionar o definir con Nuestro fallo soberano la Inmaculada Concepción de la Virgen, y de este modo complacer a los piadosísimos deseos del orbe católico, y a Nuestra piedad para con la misma santísima Virgen, y juntamente glorificar más y más en ella a su unigénito Hijo nuestro Señor Jesucristo, pues redunda en el Hijo el honor y alabanza dirigidos a la Madre.

29. La definición misma, declaración de herela de la opinión contraria y sus sanciones. Por lo cual, después de ofrecer sin interrupción a Dios Padre, por medio de su Hijo, con humildad y penitencia, Nuestras privadas oraciones y las públicas de la Iglesia, para que se dignase dirigir y oficerar. Nuestra con la virtud del Es y afianzar Nuestra mente con la virtud del Espíritu Santo, implorando el auxilio de toda la corte celestial, e invocando con gemidos el Espiritu Paráclito, e inspirándonoslo él mismo, para honra de la santa e individua Trinidad, para glo-ria y prez de la Virgen Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y aumento de la cristiana Religión, con la autoridad de Nuestro Sefor Jesucristo, con la de sus santos apóstoles Pedro y Pablo, y con la Nuestra, declaramos, afirmamos y definimos que ha sido revelado por Dios, y, de consiguiente, que debe ser creida firme y constantemente por todos los fieles la doctrina que sostiene que la santisima Virgen Maria fue preservada inmune de toda mancha de culpa original, en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipo-tente, en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano. Por lo cual, si algunos presumieren sentir en su corazón contra lo que Nos hemos definido, lo que Dios no permita, tengan entendido y sepan además que se condenan por su propia sentencia, que han naufragado en la fe, y que se han separado de la unidad de la Iglesia, y que, además, si osaren manifestar de palabra o por escrito o de cualquier otra manera externa lo que sintieren en

mismo que muchísimos y autorizados intérpretes, aplican a la Santísima Virgen: Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suua...(2). Pero si la Santísima Virgen María, por estar manchada en el instante de su concepción con el pecado original, hubiera quedado privada de la divina gracia en algún momento, en este mismo, aunque brevísimo espacio de tiempo, no hubiera reinado entre Ella y la serpiente aquella sempiterna enemistad de que se habla desde la tradición primitiva hasta la definición solemne de la Inmaculada Concepción, sino que más bien hubiera habido alguna servidumbre.

Además, al saludar a la misma Virgen Santísima llena de gracia o sea (en griego) Kejaritoméne⁽³⁾, y bendita entre todas las mujeres⁽⁴⁾ con esas palabras,

su corazón, por lo mismo quedan sujetos a las penas establecidas por el derecho.

30. Sentimientos de esperanza de que la santísima Virgen dé a la Iglesia una vida más floreciente. Nuestros labios están llenos de gozo y Nuestra lengua de júbilo, y damos humildisimas y grandisimas gracias a Nuestro Señor Jesucristo, y siempre se las daremos, por habernos concedido, aun sin merecerlo, el singular beneficio de ofrendar y decretar este honor, esta gloria y alabanza de su santísima Madre. Mas sentimos firmisima esparanta y configura esparanta de que firmisima esperanza y confianza absoluta de que la misma santisima Virgen, que toda hermosa e inmaculada trituró la venenosa cabeza de la cruelísima serpiente, y trajo la salud al mundo, v que gloria de los profetas y apóstoles, y honra de los mártires, y alegría y corona de todos los santos, y que refugio segurisimo de todos los que pe-ligran, y fidelísima auxiliadora, y poderosisima mediadora y conciliadora de todo el orbe de la tierra ante su unigénito Hijo, y gloriosisimo honor y ornato de la Iglesia santa, y firmisimo baluarte destruyó siempre todas las herejías, y libró siempre de las mayores calamidades de todas clases a los pueblos fieles y naciones y a Nos mismo nos sacó de tantos amenazadores peligros; hará con su valiosisimo patrocinio que la santa Madre Iglesia Católica, removidas todas las dificultades, y vencidos todos los errores, en todos los pueblos y en todas partes, tenga vida cada vez más floreciente y vigorosa y reine de mar a mar y del rio hasta los últimos confines de la tierra (Ps. 71, 8), y disfrute de toda paz, tranquilidad y libertad para que consigan los reos el perdón, los enfermos el remedio, los putilmina la fuerza los efficidas el corrello los enfermos el remedio, los putilmina la fuerza los efficidas el corrello los enfermos el remedio, los putilmina la fuerza los efficidas el corrello los enfermos el corrello el corrello los enfermos el corrello los enfermos el corrello el corre silámines la fuerza, los afligidos el consuelo, los que peligran la ayuda oportuna, y despejada la obscuridad de la mente, vuelvan al camino de la verdad y a la justicia los desviados, y se forme un solo redil y un solo pastor (Juan 10, 16).

31. Exhortación final a la confianza en la bondadosa intercesión de Maria. Escuchen estas Nuestras palabras todos Nuestros queridisimos hijos de la universal Iglesia, y continúen, con fervor cada vez más encendido de piedad, religión y amor, venerando, invocando y orando a la santísima Madre de Dios, la Virgen Maria, concebida

tal como la tradición católica siempre las ha entendido se indica que con este singular y solemne saludo, nunca jamás oído, se demuestra que la Virgen fue la sede de todas las gracias divinas, adornada con todos los dones del Espíritu Santo, y más aún, tesoro casi infinito y abismo inagotable de csos mismos dones, de tal modo que nunca ha sido sometida a la maldición (5).

5. La Iglesia primitiva. Los Santos Padres, en la Iglesia primitiva, sin que nadie lo contradijera, enseñaron con claridad suficiente esta doctrina, afirmando que la Santísima Virgen fue lirio entre espinas, tierra absolutamente virgen, inmaculada, siempre bendita, libre de todo contagio del pecado, árbol inmarcesible, fuente siempre pura, la única que es hija no de la muerte sino

sin mancha de pecado original, y acudan con toda confianza a esta dulcisima Madre de misericordia y gracia en todos los peligros, angustias, necesidades y en todas las situaciones oscuras y tremendas de la vida. Pues, nada se ha de temer, de nada hay que desesperar, si ella nos guía, alienta, favorece y protege, por cuanto tiene para con nosotros un corazón maternal, y ocupada en los negocios de nuestra salvación, se preocupa de todo el linaje humano, constituida por el Señor Reina del cielo y de la tierra y colocada por encima de todos los coros de los ángeles y ejércitos de los santos, situada a la derecha de su unigénito Hijo nuestro Señor Jesucristo, alcanza con sus valiosísimos ruegos maternales y encuentra lo que busca, y no puede quedar decepcionada.

Finalmente, para que llegue al conocimiento de la universal Iglesia esta Nuestra definición de la Inmaculada Concepción de la santisima Virgen María, queremos que, como perpetuo recuerdo, queden estas Nuestras Letras apostólicas; y mandamos que a sus copias y ejemplares aun impresos, firmados por algún notario público y resguardados por el sello de alguna persona eclesiástica constituida en dignidad, den todos exactamente el mismo crédito que darian a éstas, si les fuesen presentadas y mostradas.

33. En defensa y recomendación de la presente bula. A nadie, pues, le sea permitido quebrar esta página de Nuestra declaración, manifestación y definición, y oponerse a ella y hacerle la guerra con osadía temeraria. Mas, si alguien presumiere intentar hacerlo, sepa que incurrirá en la indignación de Dios y de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, 8 de Diciembre de 1854, año noveno de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA IX

⁽²⁾ Gen. 3, 15. (3) Luc. 1, 28.

⁽⁴⁾ Luc. 1, 42.

⁽⁵⁾ Pto IX, Bula Ineffabilis Deus, 12-XII-1854. La: cita se encuentra en el subtítulo 18 del texto que corre al pie de la página de la nota (1), ver pág. 1994.

de la vida, germen no de ira sino de gracia, pura siempre y sin mancilla, santa y extraña a toda mancha de pecado, más hermosa que la hermosura, más santa que la santidad, la sola santa, que, si exceptuamos a solo Dios, fue superior a todos los demás, por naturaleza más bella, más hermosa y más santa que los mismos Querubines y Serafines, más que todos los ejércitos de los Angeles (6).

6. Deducción lógica: ella fue siempre limpia de todo pecado. Después de meditar diligentemente, como conviene, estas alabanzas que se tributan a la Bienaventurada Virgen María, ¿quién se atreverá a dudar de que, aquella que es más pura que los Angeles, y que fue siempre pura⁽⁷⁾, estuvo en todo momento, sin excluir el más mínimo espacio de tiempo, libre de cualquier clase de pecado? Con razón San Efrén dirige estas palabras a su Divino Hijo: En verdad que solos Tú y tu Madre sois hermosos bajo todos los aspectos. Pues no hay en ti, Señor, ni en tu Madre mancha alguna⁽⁸⁾. En cuyas palabras clarísimamente se ve que, entre todos los Santos y Santas, de esta sola mujer es posible decir que no cabe ni plantearse la cuestión cuando se trata del pecado, de cualquier clase que éste sea; y que además este singular privilegio, a nadie concedido, lo obtuvo de Dios precisamente por haber sido elevada a la dignidad de Madre suya. Pues esta excelsa prerrogativa, declarada y sancionada solemnemente en el Concilio de Efeso contra la herejía de Nestorio⁽⁹⁾ y mayor que la cual ninguno parece que pueda existir, exige plenitud de gracia divina e inmunidad de cualquier pecado en el alma, puesto que lleva consigo la dignidad y santidad más grandes después de la de Cristo. Además, de este sublime oficio de la Virgen, como de arcana y purísima fuente, parecen derivar todos los privilegios y

gracias, que tan excelentemente adornaron su alma y su vida. Bien dice SANTO TOMÁS DE AQUINO: Puesto que la Santísima Virgen es Madre de Dios, del bien infinito, que es Dios, recibe cierta dignidad infinita⁽¹⁰⁾. Y un ilustre escritor desarrolla y explica el mismo pensamiento con las siguientes palabras: La Santísima Virgen... es Ma- 581 dre de Dios; por esto es tan pura y tan santa que no puede concebirse pureza mayor después de la de Dios⁽¹¹⁾.

7. Razón teológica: Privilegio que Dios podía y quiso darle atendido su amor a María y que convenía. Por lo demás, si profundizamos la materia, v sobre todo si consideramos el encendido y suavísimo amor con que Dios ciertamente amó y ama a la Madre de su Unigénito Hijo, ¿cómo podremos ni aun sospechar que Ella haya estado, ni siquiera un brevísimo instante, sujeta al pecado y privada de la divina gracia? Dios podía ciertamente, en previsión de los méritos del Redentor, adornarla de este singularísimo privilegio; no cabe pues ni pensar que no lo haya hecho. Convenía, en efecto, que la Madre del Redentor fuese lo más digna posible de El; mas no hubiera sido tal si, contaminándose con la mancha de la culpa original, aunque sólo fuera en el primer instante de su concepción hubiera estado sujeta al triste dominio de Satanás.

8. Refútase la objeción que se mengua la Redención de Cristo. Y no se puede decir que por esto se aminore la Redención de Cristo, como si ya no se extendiera a toda la descendencia de ADÁN, y que por lo mismo se quite algo al oficio y dignidad del Divino Redentor. Pues si examinamos a fondo y con cuidado la cosa, es fácil ver cómo Nuestro Señor Jesucristo ha redimido verdaderamente a su divina Madre de una manera más perfecta, al preser-

⁽⁶⁾ Pio IX, Bula Ineffabilis Deus; la cita de arriba se encuentra en los subtítulos 18, espec. 21 y 23 del texto que corre al pie de las páginas 1994 y 1995.

⁽⁷⁾ Véase nota (6), subtitulos 1 y 23. (8) San Efrén, Carmina Nisibena, ed. Bickell,

⁽⁹⁾ Véase Pio XI, Encíclica Lux Veritatis, 25-XII-1931; A. A. S. 23 (1931) 493 ss.; en esta Colección: Encícl. 158, pág. 1357.
(10) S. Tomás, Sum. Theol. I, q. 25, a. 6, ad

⁽¹¹⁾ Cornelio a Lápide, In Matth. I, 16.

varla Dios de toda mancha hereditaria de pecado, en previsión de los méritos de El. Por esto la dignidad infinita de Cristo y la universalidad de su redención no se atenúa ni disminuye con esta doctrina, sino que se acrecientan de una manera admirable.

9. La devoción a la Santísima Virgen redunda en honor de Jesús. Es por lo tanto injusta la crítica y la reprensión que también por este motivo no pocos acatólicos y protestantes dirigen contra nuestra devoción a la Santísima Virgen, como si nosotros quitáramos algo al culto debido sólo a Dios y a Jesucristo, cuando por el contrario el honor y veneración que tributamos a nuestra Madre celestial, redundan enteramente y sin duda alguna en honra de su divino Hijo, no sólo porque de El ⁵⁸² nacen, como de su primera fuente, todas las gracias y dones, aun los más excelsos, sino también porque los padres son la gloria de los hijos⁽¹²⁾.

10. El testimonio de los siglos cristianos. Por esto mismo, desde los tiempos más remotos de la Iglesia, esta doctrina fue esclareciéndose cada día más y reafirmándose mayormente ya en las enseñanzas de los Sagrados Pastores va en el alma de los fieles. Lo atestiguan, como hemos dicho, los escritos de los Santos Padres, los Concilios y las actas de los Romanos Pontífices; dan testimonio de ello las antiquísimas Liturgias, en cuyos libros, hasta en los más antiguos, se considera esta fiesta como una herencia transmitida por los antepasados. Además, aun entre las comunidades todas de los Cristianos Orientales, que, mucho tiempo hace, se separaron de la unidad de la Iglesia Católica, no faltaron ni faltan quienes, a pesar de estar imbuidos de prejuicios y opiniones contrarias, han acogido esta doctrina y cada año celebran la fiesta de la Virgen Inmaculada. No sucedería ciertamente así si no hubieran admitido semejante verdad ya

desde los tiempos antiguos, es decir, desde antes de separarse del único redil.

11. Refírmase el dogma. Plácenos por lo tanto, al cumplirse los cien años desde que el Pontífice Pío IX, de inmortal memoria, definió solemnemente este privilegio singular de la Virgen Madre de Dios, resumir y concluir toda la cuestión con unas palabras del mismo Pontífice, afirmando que esta doctrina ha sido a juicio de los Padres consignada en la Sagrada Escritura, transmitida por tantos y tan serios testimonios de los mismos, expresada y celebrada en tantos monumentos ilustres de la antigüedad veneranda, y en fin, propuesta y confirmada por tan alto y autorizado juicio de la Iglesia⁽¹³⁾, que no hay en verdad para los Sagrados Pastores y para los fieles todos nada más dulce, ni más grato que honrar, venerar, invocar y predicar con fervor y afecto en todas partes a la Virgen Madre de Dios concebida sin pecado $original^{(14)}$.

12. La estrecha relación del dogma de la Inmaculada Concepción con la Asunción a los cielos. Parécenos, además, que esta preciosísima perla, con que se enriqueció la sagrada diadema de la Bienaventurada Virgen María, brilla hoy con mayor fulgor, habiéndo- 583 nos tocado, por designio de la Divina Providencia, en el Año Santo de 1950. la suerte —está todavía vivo en Nuestro corazón tan grato recuerdo— de definir la Asunción de la Purísima Madre de Dios en cuerpo y alma a los cielos, satisfaciendo con ello los deseos del pueblo cristiano que de manera particular habían sido formulados cuando fue solemnemente definida su Concepción Inmaculada. En aquella ocasión, en efecto, como ya escribimos en la Carta Apostólica "Munificentissimus Deus", los corazones de los fieles fueron movidos por un más vivo anhelo de que también el dogma de la Asunción corporal de la Virgen a los Cielos,

(14) Pío IX, Bula Ineffabilis Deus, véase nota (6), subtitulo 24; ver pág. 1995-1996.

⁽¹²⁾ Proverb. 17, 6.(13) Pio IX, Bula Ineffablis Deus, 8-XII-1854, véase nota (6), subtítulo 24; ver pág. 1995.

fuera definido cuanto antes por el supremo magisterio de la Iglesia⁽¹⁵⁾.

Parece, pues, que con esto todos los fieles pueden dirigir de una manera más elevada y eficaz su mente y su corazón hacia el misterio mismo de la Inmaculada Concepción de la Virgen. Pues por la estrecha relación que hay entre estos dos dogmas, al ser solemnemente promulgada y puesta en su debida luz la Asunción de la Virgen al Cielo —que constituye como la corona y el complemento del otro privilegio mariano---, se ha manifestado con mayor grandeza y esplendor la sapientísima armonía de aquel plan divino según el cual Dios ha querido que la Virgen María estuviera inmune de toda mancha original.

Por ello, con estos dos insignes privilegios concedidos a la Virgen, tanto el alba de su peregrinación sobre la tierra, como el ocaso de su vida, se iluminaron con destellos de refulgente luz; a la perfecta inocencia de su alma limpia de cualquier mancha, corresponde de manera conveniente v admirable la más amplia glorificación de su cuerpo virginal; y Ella, lo mismo que estuvo unida a su Hijo Unigénito en la lucha contra la serpiente infernal, así también junto con El participó en el glorioso triunfo sobre el pecado y sus tristes consecuencias.

PARTE II

Digna y recta celebración del Centenario

13. Invitación de María y devoción. ⁵⁸⁴ Es necesario que la celebración de este centenario no solamente encienda de nuevo en todas las almas la fe católica y la devoción ferviente a la Virgen Madre de Dios, sino que haga también que la vida de los cristianos se conforme lo más posible a la imagen de la Virgen. De la misma manera que todas las Madres sienten suavísimo gozo cuando ven en el rostro de sus hijos una peculiar semejanza de sus propias facciones así también nuestra dulcísima

(15) Pio XII, Carta Apostólica Munificentissimus Deus, 1-XI-1950; A. A. S. 42 (1950) 754-755;

Madre María cuando mira a los hijos que, junto a la Cruz recibió en lugar del Suyo, nada desea más y nada le resulta más grato que el ver reproducidos los rasgos y virtudes de su alma en sus pensamientos, en sus palabras v en sus acciones.

Ahora bien, para que la piedad no sea sólo palabra hueca, o una forma falaz de religión o un sentimiento débil y pasajero de un instante, sino que sea sincera y eficaz, debe impulsarnos a todos y a cada uno según la propia condición, a conseguir la virtud.

14. Inocencia e integridad de costumbres. Y en primer lugar debe incitarnos a todos a mantener una inocencia e integridad de costumbres tal, que nos haga aborrecer y evitar cualquier mancha de pecado, aun la más leve, ya que precisamente conmemoramos el misterio de la Santísima Virgen, según el cual, su Concepción fue inmaculada e inmune de toda mancha original.

15. María repite: "Haced lo que El os diga". Cumplimiento de la voluntad de Jesús y vuelta al recto camino. Parécenos que la Beatísima Virgen Ma-RÍA, que durante toda su vida —lo mismo en sus gozos, que tan suavemente le afectaron, como en sus angustias y atroces dolores, por los cuales fue constituida Reina de los mártires—, nunca se apartó lo más mínimo de los preceptos y ejemplos de su divino Hijo, Nos parece, decimos, que a cada uno de nosotros repite aquellas palabras que dijo a los que servían en las bodas de Caná, como señalando con el dedo a Jesucristo: Haced lo que El os diga⁽¹⁶⁾. Esta misma exhortación, usándola desde luego en un sentido más amplio, parece que nos repite hoy a todos nosotros, cuando es bien claro que la raíz 585 de todos los males, que tan dura y fuertemente afligen a los hombres y angustian a los pueblos y a las naciones, está principalmente en que no pocos han abandonado al que es la Fuente de agua viva y se han cavado cisternas, cisternas rotas que no pueden

en esta Colección: Encicl. 196, pág. 1835-1845. (16) Juan 2, 5.

contener las aguas⁽¹⁷⁾; han abandonado al único que es el camino, la verdad y la $vida^{(18)}$. Si pues se ha errado, hay que volver a la vía recta; si las tinieblas han envuelto las mentes con el error, cuanto antes han de ser eliminadas con la luz de la Verdad; si la muerte, la que es verdadera muerte, se ha apoderado de las almas, con ansia y con prisa, hay que acercarse de nuevo a la vida; hablamos de esa vida celestial que no conoce el ocaso, ya que proviene de Jesucristo, siguiendo al cual confiada y fielmente en este destierro mortal, gozaremos con sempiterna beatitud, a una con El, en la eterna. Esto nos enseña, a esto nos exhorta la Bienaventurada Virgen María, dulcísima Madre nuestra, que ciertamente nos ama con genuina caridad, más que todas las madres de la tierra.

16. Las consecuencias del abandono que se hace de Jesús. De estas exhortaciones e invitaciones, con las cuales se amonesta a todos para que vuelvan a Cristo y se conformen con diligencia y eficacia a sus preceptos, están como muy bien sabéis, Venerables Hermanos, muy necesitados los hombres de hoy, va que son muchos los que se esfuerzan por arrancar de raíz la fe cristiana de las almas, sea con astutas y veladas insidias, sea también con tan abierta y obstinada petulancia, cual si hubieran de considerarse como una gloria de esta edad de progreso y esplendor. Pero resulta evidente que, abandonada la santa Religión, rechazada la voluntad de Dios que determina el bien y el mal, ya casi nada valen las leyes, nada vale la autoridad pública; además, suprimida con estas falaces doctrinas la esperanza y anhelo de los bienes inmortales, es natural que los hombres espontáneamente apetezcan inmoderadamente y con avidez las cosas terrenas, deseen con ansia vehemente las cosas ajenas, y a veces también se apoderen por la fuerza, de ellas, siempre que se les presenta ocasión o posibilidad de ello. Así nacen entre los ciudadanos los odios, las envidias, las discordias y las rivalidades; así se originan los dsórdenes de la vida privada y pública; así
poco a poco se van socavando los cimientos mismos del Estado que mal
podrían ser sostenidos y reforzados por
la autoridad de las leyes civiles y de los
gobernantes; así finalmente por todas
partes se deforman las costumbres con
los malos espectáculos, con los libros,
con los diarios y hasta con los crímenes.

17. No bastan los remedios naturales; sólo la gracia y ley cristianas curan las dolencias del mundo de hoy. No
negamos ciertamente que puedan hacer
mucho en esto los que gobiernan los
pueblos; sin embargo, la curación de
tantos males hay que buscarla, en remedios más profundos, hay que llamar en
auxilio una fuerza superior a la humana, que ilustre las mentes con una
luz celestial, y llegue hasta las almas
mismas, las renueve con la gracia divina y con su influencia las haga mejores.

Sólo entonces podemos esperar que florezcan en todas partes las costumbres cristianas; que se consoliden lo más posible los verdaderos principios, en los que se fundamentan las naciones; que reine entre las clases sociales una mutua, justa y sincera estimación de las cosas, unida a la justicia y caridad; que se apaguen los odios, cuyas semillas son gérmenes de nuevas miserias, y que frecuentemente impulsan a los ánimos exacerbados hasta el derramamiento de sangre humana y que finalmente, mitigadas y apaciguadas las controversias que reinan entre las clases altas y bajas de la sociedad, con justa medida se compongan los justos derechos de ambas partes y de común acuerdo, y con el debido respeto, convivan armoniosamente para utilidad de todos.

Es evidente que sólo la ley cristiana, que la Virgen María Madre de Dios nos anima a seguir pronta y diligentemente, podrá lograr plena y firmemente todas estas cosas, con tal de que sea puesta en práctica.

⁽¹⁷⁾ Jerem. 2, 13.

PARTE III

Proclamación del Año Mariano de 1954

18. La proclamación. Considerando todo esto, como es razonable, a cada uno de vosotros, Venerables Hermanos, os invitamos por medio de esta Carta Encíclica, a que, según el oficio que tenéis, exhortéis al pueblo y clero a vosotros encomendado, a celebrar el Año Mariano, que decretamos se celebre en todo el mundo, desde el próximo mes de diciembre hasta el mismo mes del año siguiente, con motivo del primer centenario de la fecha en que la Virgen María Madre de Dios, con júbilo de todo el pueblo cristiano, brilló con una nueva perla, cuando, como hemos dicho, Nuestro antecesor de inmortal memoria¹ eta etaoi shrdlu la declaró y proclamó totalmente limpia de la mancha original. Y confiamos plenamente que esta celebración mariana pueda dar aquellos deseadísimos y saludables frutos, que todos vehementemente esperamos.

19. Expóngase el dogma. Para que fácilmente y con más éxito se consiga esto, deseamos que en todas las Diócesis se tengan oportunamente sermones y conferencias por medio de las cuales este artículo de la doctrina cristiana sea conocido amplia y claramente por las almas, para que se aumente la fe del pueblo, se excite más cada día el amor a la Virgen Madre de Dios, y de ello tomen todos ocasión para seguir gozosa y prontamente las huellas de Nuestra Madre celestial.

20. Peregrinaciones y preces. Y puesto que en todas las ciudades, pueblos y aldeas en que florece la Religión cristiana, hay una capilla o al menos un altar en que se expone la imagen de la Virgen a la veneración del pueblo, Nos deseamos, Venerables Hermanos, que se reúnan allí sin cesar multitudes de fieles y que no sólo en privado sino también en público se eleven, a una

voz y con una sola alma, preces a nuestra dulcísima Madre.

Y donde quiera que -como ocurre en casi todas las Diócesis— hay un templo en el cual la Virgen Madre de Dios es venerada con especial devoción, allí acudan en determinados días del año piadosas muchedumbres de peregrinos con públicas y edificantes manifestaciones de la fe común y del común amor a la Virgen Santísima.

21. Particularmente a Lourdes y Roma. No dudamos de que así sucederá de una manera particular en la gruta de Lourdes, donde con tan ferviente piedad se venera la Bienaventurada Virgen María, concebida sin mancha de pecado. Preceda a todos con el ejemplo esta Alma Ciudad, que desde los primeros tiempos del Cristianismo honra con peculiar veneración a su celestial Madre y Patrona. Hay aquí, como todos saben, no pocas iglesias en las cuales está Ella expuesta a la piedad de los romanos, pero la principal de todas es la Basílica Liberiana, en la cual todavía descuella el mosaico, puesto por Nuestro Predecesor de piadosa memoria, Sixto III, insigne monumento de la maternidad divina de María Virgen; 588 y en ella también benignamente sonrie la imagen de la "Salus populi romani"(19). Ahí pues principalmente deben acudir los fieles a rezar y ante esa sagrada imagen todos expongan sus piadosos votos, pidiendo principalmente que esta Ciudad, que es la Capital del orbe católico, sea también para todos Maestra de fe, de piedad y de santidad. A vosotros, romanos, os hablamos con las palabras de Nuestro Predecesor de santa memoria, León Magno: Si toda la Iglesia esparcida por el mundo entero debe florecer en todo género de virtudes, vosotros debéis aventajar a los demás pueblos con los frutos de vuestra piedad, ya que fundados en la base misma de la Piedra apostólica, fuisteis redimidos con todos por Nuestro Señor Jesucristo, y con preferencia a los demás fuisteis instruidos por el bienaventurado Apóstol Pedro (20).

[19] "Salvación del pueblo Romano".

(20) San León Magno, Sermón 3, 14 (Migne P.L. 54, 147-148).

- 22. Reforma de costumbres. Muchas son las cosas que en las actuales circunstancias es necesario que encomienden todos a la tutela de la Bienaventurada Virgen y a su patrocinio y potencia suplicante. Pidan en primer lugar que cada uno ajuste cada día más, como hemos dicho, sus costumbres a los preceptos cristianos, con el auxilio de la divina gracia, ya que la fe sin las obras es cosa muerta⁽²¹⁾, y ya que nadie puede hacer nada, como conviene, por el bien común, si antes él mismo no es un ejemplo de virtud para los demás.
- 23. La pureza e integridad de la juventud. Pidan con insistencia que la juventud generosa y gallarda crezca pura e íntegra y no permita que la flor lozana de su edad se inficione con el aire de este siglo corrompido ni se aje con los vicios; que sus desenfrenados deseos y sus impetuosos ardores sean gobernados con justa moderación y apartándose de toda insidia no se vuelvan hacia las cosas dañosas y deshonestas, sino que se eleven a todo lo que es bello, santo, amable y excelso.
- 24. La bondad y fortaleza de la edad madura. Pidan todos en sus oraciones que la edad viril y la avanzada se distingan particularmente por su cristiana bondad y fortaleza; que el hogar doméstico resplandezca por una fe incontaminada, que florezca con una descendencia santa y rectamente educada, y se fortalezca por la concordia y la ayuda mutua.
- nos. Pidan finalmente que los ancianos gocen los frutos de una vida honesta de tal manera que cuando lleguen por fin al término de su carrera mortal nada tengan que temer, y no se atormenten con ningún remordimiento o angustia de conciencia, ni tengan nada de qué avergonzarse, sino que se sientan seguros porque van a recibir en breve el premio de su largo trabajo.

- 26. Alivio para los que padecep Pidan, además, en sus súplicas a la Madre de Dios, pan para los hambrientos, justicia para los oprimidos, la patria para los desterrados, cobijo acogedor para los que carecen de casa, la libertad debida para aquellos que han sido injustamente arrojados a la cárcel o a los campos de concentración; el tan deseado regreso a la patria para todos aquellos que, después de pasados tantos años desde el final de la última guerra, todavía están prisioneros y gimen y suspiran ocultamente; para aquellos que están ciegos en el cuerpo y en el alma, la alegría de la refulgente luz; y que a todos los que están divididos entre sí por el odio, la envidia y la discordia, les obtengan por sus súplicas la caridad fraterna, la concordia de los ánimos y aquella fecunda tranquilidad que se apoya en la verdad, la justicia y la mutua unión.
- 27. Libertad para la Iglesia. Deseamos de un modo especial, Venerables Hermanos, que en las fervientes plegarias que sean elevadas a Dios durante la celebración del próximo Año Mariano, se pida humildemente que —bajo el patrocinio de la Madre del Divino Redentor y dulcísima Madre nuestrala Iglesia católica pueda por fin gozar en todas partes de la libertad que le es debida y que siempre hizo servir, como magníficamente enseña la historia, al bien de los pueblos y nunca a su perjuicio, siempre al establecimiento de la concordia entre los ciudadanos, las naciones y los pueblos, y nunca a la división de los ánimos.
- 28. Por los perseguidos y silenciados. Todos conocen las tribulaciones con que vive la Iglesia en algunas partes, y las mentiras, calumnias y usurpaciones con que es vejada; todos saben cómo en algunas regiones los sagrados Pastores están tristemente dispersos o encerrados sin causa justa en las cárceles, o de tal manera impedidos, que les es imposible ejercer libremente, como es necesario, sus ministerios; todos saben

finalmente cómo en tales lugares no se pueden tener escuelas proias, ni enseñar, defender o propagar la doctrina por medio de la prensa, ni educar convenientemente según sus enseñanzas a la juventud. Todas las exhortaciones, que sobre este asunto os hemos dirigido más de una vez y siempre que ha habido ocasión, de nuevo os las repetimos con sumo interés por medio de esta Carta Encíclica. Confiamos plenamente que durante todo este Año Mariano, en todas partes se eleven súplicas a la poderosísima Virgen Madre de Dios, y suavísima Madre nuestra, con las cuales se consiga de su actual y valioso patrocinio, que los sagrados derechos que competen a la Iglesia y que son exigidos por el respeto que se debe a la civilización y a la libertad humanas, sean por todos reconocidos abierta y sinceramente, para utilidad universal e incremento de la común concordia.

Esta palabra Nuestra, que Nos la dicta un ardiente sentimiento de caridad, deseamos que llegue en primer lugar a aquellos que, obligados al silencio y rodeados de toda clase de asechanzas, contemplan con ánimo dolorido su comunidad cristiana afligida, perturbada y privada de todo auxilio humano. Que también estos queridísimos Hermanos e hijos Nuestros, estrechamente unidos a Nos y a los demás fieles, interpongan ante el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación⁽²²⁾ el potentísimo patrocinio de la Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, y le pidan la ayuda del Cielo y la consolación de lo alto; y perseverando con ánimo esforzado e inquebrantable en la fe de sus mayores, hagan suya en esta grave situación como distintivo de cristiana fortaleza la siguiente sentencia del Doctor Me-LIFLUO: Estaremos en pie, combatiremos hasta la muerte si fuese necesario por (la Iglesia) nuestra Madre con las armas de que podemos disponer: no con escudos y espadas sino con lágrimas y oraciones al Señor $^{(23)}$.

29. Con los que viven en el cisma. Y además también a aquellos que están separados de Nosotros por el viejo Cisma, a los que por otra parte Nos amamos con ánimo paterno, los invitamos a unirse concordemente a estas oraciones y súplicas, ya que sabemos muy bien que ellos sienten grandísima veneración hacia la Santa Madre de Jesucristo y celebran su Concepción Inmaculada. Que vea la Bienaventura Virgen María que todos los que se de ser cristianos, unidos al glorían menos con los vínculos de la caridad, vuelven a Ella suplicantes sus ojos, sus ánimos y sus plegarias pidiéndole aquella luz que ilumina las mentes con la luz de lo alto y la unidad con que finalmente se forme un solo rebaño u un solo $Pastor^{(24)}$.

30. Añádanse obras de penitencia. A estas súplicas comunes añádanse piadosas obras de penitencia, pues el amor a la oración hace que el alma tenga valor y se pertreche para las cosas arduas y se eleve a las divinas, y la penitencia hace que tengamos imperio sobre nosotros mismos, especialmente sobre nuestro cuerpo, a consecuencia de la antigua culpa, gravísimo enemigo de la razón, y de la ley evangélica. Estas virtudes, como claramente se ve, están estrechamente unidas entre sí, se ayudan mutuamente u tienden al mismo fin de apartar al hombre, nacido para el cielo, de las cosas caducas y de llevarle casi a un trato celestial con $Dios^{(25)}$.

31. Por la paz. Y ya que todavía no ha brillado sobre las almas y sobre los pueblos, una sólida, sincera y tranquila paz, esfuércense todos por alcanzarla plena y felizmente y consolidarla con sus piadosas súplicas, de tal manera que así como la Bienaventurada Virgen María dio a luz al *Principe de la Paz*⁽²⁶⁾, Ella también con su patrocinio y con su tutela, una en amigable concordia, los hombres, que solamente podrán gozar de aquella serena prospe-

59

⁽²²⁾ Véase II Corint. 1, 3.

⁽²³⁾ San Bernardo, Epistola 221, 3 (Migne P.L. 182, 387-A).

⁽²⁴⁾ Véase Juan, 10, 16.

⁽²⁵⁾ León XIII, Encíclica Octobri mense, 22-IX-1891; Acta Leonis XIII, Tomo 11, 312; en esta Colección: Encícl. 60, pág. 446.

⁽²⁶⁾ Véase Isaías 9, 6.

ridad, que es posible obtener en esta vida mortal, cuando no estén separados entre sí por las envidias mutuas, desgarrados miserablemente por las discordias, e impelidos a luchar entre sí con amenazadores y terribles designios, sino que unidos fraternalmente se den entre sí el ósculo de la paz, que es tranquila libertad⁽²⁷⁾ y que bajo la guía de la justicia y con la ayuda de la caridad, forma como conviene, de las diversas clases sociales y de las distintas naciones y pueblos, una sola y concorde familia.

32. Deseos finales. Quiera el divino Redentor, con la ayuda y mediación de su benignísima Madre, hacer que se realicen con la mayor largueza y perfección posibles, todos estos ardentísimos deseos Nuestros, a los que, como plenamente confiamos, no solamente corresponderán gustosamente los deseos de Nuestros hijos, sino también los de todos aquellos que se interesan con empeño por la civilización cristiana y el progreso de la humanidad.

33. Bendición Apostólica. Mientras tanto, sea prenda de los divinos favores, y testimonio de Nuestro paternal afecto, la Bendición Apostólica, que a todos y cada uno de vosotros, Venerables Hermanos, y también a vuestro Clero y pueblo, gustosísimamente impartimos en el Señor.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 8 de Septiembre, fiesta de la Natividad de la bienaventurada Virgen María, del año 1953, décimoquinto de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.

(27) Cic. Phil. 2, 44.